

Y muchos de estos temas, a veces con modificaciones y variantes, retornan en su obra de 1913, *Del sentimiento trágico de la vida*, en la que insistirá en que la ciencia y la razón, en cuanto sustitutivas de la religión y la fe, han fracasado, pues la ciencia trata de satisfacer nuestras necesidades mentales y lógicas, pero no puede dar cauce a nuestras necesidades afectivas y volitivas, temas sobre los que aún volverá en su posterior escrito *La agonía del cristianismo*.

Sin perseguir ahora más esas cuestiones, de las que da cumplida cuenta la edición de los textos recogidos por Alicia Villar y su excelente introducción a los mismos, quizá podemos concluir este comentario recogiendo algunas de las reflexiones finales de la autora: Unamuno, comenta, “alertó sobre los límites de la razón pura y de la ciencia y reaccionó ante la soberbia del intelectualista, racionalista y cientificista. Distinguió la auténtica ciencia, fruto del pensar, incluso del sentir creador, de una ‘semiciencia’ convertida en idolatría intolerante. Dirá: ciencia sí, pero siendo su dueño, no su esclavo; ciencia sí, pero como medio, no como fin en sí mismo”. Unamuno defendió la autonomía de la ciencia y de la religión y las confrontó en la mayor parte de sus escritos, pero ensayó una filosofía propia que contaba con la ciencia y con un evolucionismo que no excluyera la finalidad. “Intelectual crítico con el intelec-

tualismo, Unamuno fue también un pensador sapiencial, que llevaba la sed de eternidad ‘en lo más profundo de su corazón’ [...]. Combatió el espíritu inquisitorial viniera de donde viniera, y distinguió la ciencia de la sabiduría, la intelectualidad de la espiritualidad”.

Es posible que las tensiones entre cientificismo y sabiduría existencial persistan a lo largo de las épocas. Si los creyentes religiosos tienden a veces al dogmatismo y al fundamentalismo, no menos sucede entre los cientificistas, en ocasiones más dogmáticos e intransigentes que aquellos, como ya advirtiera Kant. Diferenciar entre lo que podemos conocer científicamente y las conjeturas cosmovisionales que, de un modo más o menos explícito, todos nos vemos abocados a esbozar es algo que precisamente el propio Kant (por no referirnos a otros autores, como Wittgenstein) supo establecer. Entre nuestros clásicos, en Unamuno, tales tensiones cobran un especial relieve y continúan fomentando el pensamiento. No es el menor mérito de Alicia Villar haber reunido en esta obra, magníficamente presentados, escritos de diversa procedencia, a veces difíciles de encontrar y de agavillar, en torno a una problemática que continúa siendo crucial para nuestro tiempo.

Carlos Gómez Sánchez  
(UNED)

<http://dx.doi.org/10.6018/daimon/294201>

CASADO DA ROCHA, Antonio (2017): *Una casa en Walden (sobre Thoreau y cultura contemporánea)*, Logroño: Pepitas ed., 155 pp.

¿Qué significa construir una casa en Walden? Respondiendo a ello Antonio Casado da Rocha nos ofrece, en este libro, una serie de reflexiones sobre la cultura contemporánea en relación con algunas ideas fundamen-

tales del clásico *Walden*, de Henry David Thoreau, mostrando que tal construcción, en cuanto a sus elementos fundamentales, puede hacerse en cualquier momento y en cualquier lugar.

Frente a la creencia más común del “mito Thoreau”, según la cual el filósofo de Concord fue un ermitaño solitario que vivió en el bosque para alejarse de cualquier tipo de sociedad, Casado señala que la casa de Walden simboliza el desarrollo personal también de cara a la sociedad y no sólo respecto a uno mismo. Por eso, cuenta Thoreau que en su casa tenía tres sillas: la primera para la soledad (la lectura y la escritura), la segunda para la amistad (la conversación) y la tercera para la sociedad (la política, la toma de decisiones, y también los debates públicos). Casado entiende *Walden* como un ejercicio de auto-construcción ligada irremediabilmente al medio, al lugar en el que se desarrolla, que debe ser también un lugar propicio para *habitar* y no sólo para *estar*. Así, lo contrapone a lo que llama “no-lugares”, es decir, zonas que sólo sirven para *estar* o para *pasar* (centros comerciales, aeropuertos, etc.), y que no están diseñados para ser habitados. Necesitamos espacios para relacionarnos, espacios habitables donde reflexionar y donde desarrollarnos culturalmente, así como espacios para relacionarnos también con la naturaleza.

El libro se divide en siete capítulos en los que el autor va explorando, mediante distintas vías, las relaciones sociales contemporáneas y cómo se entienden a partir de la obra de Thoreau. Los capítulos tienen diversos orígenes: Casado recoge aquí varios años de trabajo sobre el filósofo de Concord y la cultura contemporánea, de modo que encontramos capítulos que provienen de conferencias y de diversas colaboraciones, y otros más vinculados a su propia experiencia personal.

Pese a la forma general ensayística del libro, comienza con un primer capítulo introductorio en forma de diario. Casado nos ofrece sus anotaciones a lo largo de un año (desde octubre de 2015 hasta noviembre

de 2016) en el que intentó traducir *Walden*; pero también nos habla de sí mismo, de otros trabajos y publicaciones sucedidas durante ese año, y que se intercalan con comentarios sobre la lectura y traducción del filósofo norteamericano. El aspecto más valioso de este capítulo introductorio es que muestra el desarrollo de un fracaso, de la dificultad de realizar una traducción de *Walden* y el naufragio final de tal proyecto. Frente a la pretensión contemporánea de obtener el producto final velozmente y ocultando el proceso, Casado nos ofrece un proceso largo y espinoso que finalmente no consigue culminar; un proceso sin otro resultado que su propia actividad auto-constructora. Eso significa construir una casa en Walden.

El resto del libro se divide en tres grandes temas: los conflictos culturales, el trato con el entorno y las formas de interacción social.

En cuanto al primero, Casado se proclama partidario de la interdependencia entre los dos ámbitos llamados “ciencias” y “letras”, considerando ambos como componentes esenciales de la cultura humana, en ciertos aspectos conectados y en otros indistinguibles. Siguiendo a Thoreau, mantiene que la ciencia debe considerarse tan parte de la cultura como las letras, y no una disciplina académica desligada de la vida común que parece no tener algo que decir al hombre o a la mujer de a pie. Que la ciencia sea cultura implica que es accesible y que tal acceso repercute en nuestra concepción del mundo. Hemos de auto-construirnos con un conocimiento científico adecuado a nuestras circunstancias.

Incide Casado en que, frente a los riesgos de las sociedades contemporáneas, debemos crear una cultura resiliente, que nos permita al menos soportar el choque, el golpe del fracaso, y seguir construyendo casas en Walden. La filosofía ha de ocuparse de ello,

como señala el autor, porque filosofar es «trabajar la cultura contemporánea desde la ciencia hasta las artes pasando por la política, incidir en las múltiples maneras en que conectamos con los demás y con nosotros mismos» (p. 72). En esto retoma el planteamiento de Thoreau sobre el arte de pasear, que es el tema central del tercer capítulo: elaborar una reflexión, una reinterpretación del mundo, mediante la actividad del paseo reflexivo.

Si bien el autor utiliza el término “caminar”, por el que suele traducirse “walking”, lo que propone el filósofo de Concord, y que Casado llama “filosofía pedestre”, tiene más relación con la actividad de dar pasos (pasear), que no tiene relación directa con los caminos y las vías, de las que dice el norteamericano que no sirven para realizar esta actividad por estar diseñadas para conducir a un lugar específico y no propiamente para permitir la libre actividad de pasear (a no ser que no las utilicemos para lo que han sido construidas). Desde esta perspectiva, formarían parte de los “no-lugares” a los que se refiere el autor al comienzo del libro. La actividad que retrata Casado tiene que ver con el movimiento, con dar pasos como apoyo a la reflexión y no sólo como metáfora, lo que vincula acertadamente con la filosofía peripatética. Se trata de que lo que hacemos nos repercuta moralmente, ya se trate de una investigación científica, de una lectura poética o de un paseo por el campo. Eso significa construir una casa en Walden.

El segundo gran tema, el trato con el entorno, se divide en dos cuestiones: primero, la relación con el paisaje, y segundo, el consumo de los recursos. Sobre el paisaje, Casado refiere a una colaboración con Laura Menatti (“Landscape and Health: Connecting Psychology, Aesthetics, and Philosophy through the Concept of Affordance”, *Frontiers in Psychology*, vol. 7, n. 571 (2016):

1-17), donde ambos defienden una concepción del paisaje como producto de una interacción entre procesos culturales y naturales, situándolo en la relación entre el individuo y su entorno (p. 83). Siguiendo a Thoreau, afirma que el paisaje tiene repercusiones en la moral, y añade que también en la salud. Sobre todo, se trata de un horizonte, dice Casado, de un paisaje ajeno y lejano del que imaginamos la mejor vida posible; y aunque sólo se trate de una fantasía, nos hace mejores. Tal concepción del paisaje implica también entender la racionalidad como un proceso de interacción con lo que nos es externo. Hoy, esto exige que seamos conscientes de nuestros límites y que a partir de ellos trabajemos, desarrollando una racionalidad que nos permita soportar el inminente fracaso: una racionalidad resiliente. Eso significa construir una casa en Walden.

El consumo, segunda cuestión del gran tema sobre el entorno, se desarrolla en el quinto capítulo. Casado habla aquí del consumo compulsivo contemporáneo en términos de dopaje y adicción. La forma en que nos desarrollamos en las sociedades contemporáneas, las formas de integrarnos, no constituyen un desarrollo meditado y auto-constructivo, menos aún resiliente, sino que a menudo se trata de una tensión continua promovida por cierta necesidad de consumir cada vez más. Frente a ello, Casado adopta la solución thoreauviana por excelencia: la sobriedad.

La sobriedad es un equilibrio entre la abstinencia y la adicción, que acepta la necesidad de consumir siempre teniendo en cuenta qué es lo mínimo que necesitamos, de forma que adoptemos un término medio (que en Thoreau está más cercano a la abstinencia como regla general). Esta sobriedad, señala el autor, no se limita al nivel individual: hace falta una sobriedad “meso” (en organizaciones y comunidades) y también “macro” (en toda

la cultura), para que así podamos reducir el consumo de recursos al mínimo, evitando el grave impacto que sufre el medioambiente. Éste no es un tema del que sólo haya hablado Thoreau, o del que no se tenga conciencia: Casado indica que otros han intentado continuar con el legado del estadounidense, o han realizado propuestas y acciones similares. Autores como Pierre Rabhi, Chris McCandless y Ken Ilgunas son ejemplos de ello. El último ha realizado varias acciones con el fin de concienciar sobre los problemas medioambientales, no sólo escribiendo sobre ello sino habitando lugares comprometidos. Un ejemplo es su caminata a lo largo del oleoducto Keystone, desde Canadá a México, a raíz del proyecto que pretendía ampliarlo. Poniendo estos y otros ejemplos, manifiesta un claro interés en mostrar que éstos son los problemas más importantes a nivel macro: «El aire, el agua, el petróleo: ¿hay algo más relevante para una cultura contemporánea en transición?» (p. 101).

La cuestión del petróleo es la principal preocupación que manifiesta Casado respecto a este tema, aunque hay más. La clave de su exposición está en los conceptos de “transición” y “resiliencia”, identificando el primero con la sociedad contemporánea y el segundo como un objetivo de ésta. Insiste en que ahora debe intervenir una ética de la sobriedad, que nos permita afrontar los grandes problemas actuales debidos al consumo y la contaminación, deliberando sobre sus diversas dimensiones y soluciones. Eso significa construir una casa en Walden.

El tercer gran tema, que ocupa los últimos dos capítulos del libro y que está referido a las formas de interacción social, tiene como aspecto fundamental cierta concepción de la poesía. Casado quiere hablarnos de los espacios comunes donde debatir, donde compartir cultura, donde construir una casa en Walden, y para ello recurre a la poesía entendida

como «una actividad social que mediante un conjunto de prácticas intenta satisfacer necesidades humanas básicas, proporcionando sentido y encuentro social, intersubjetividad y reconocimiento mutuo» (p. 104). La poesía, destaca Casado, es una forma de arte transmedia: los avances en comunicación han aumentado sus posibilidades en vez de imponerle límites. Por ejemplo, no podemos disfrutar plenamente de una escultura de Miguel Ángel en un iPhone, pero sí de un poema de García Lorca.

La poesía tiene un gran potencial social, y Casado es capaz de extraerlo en estos dos últimos ensayos que componen su libro: trata de hacer ver que conduce al diálogo, que reúne ideas muy diversas y las hace confluír, discutir por disparejos que sean y por irreconciliables que parezcan. La perspectiva poética permite tal comunión porque deja en cierto sentido en suspenso el enfrentamiento más ideológico para centrarse en el arte, sin por ello olvidar por completo la reivindicación de los valores. En este sentido, considera la poesía como el tipo de arte propio de la democracia, que no podría desarrollarse en este sentido si no fuera por el contexto político en que se encuentra, y que a la vez permite desarrollar satisfactoriamente los principios democráticos de libertad, igualdad, diálogo y consenso.

Todo esto y más tiene que ver la poesía con construir una casa en Walden: puede estar en cualquier lugar y en cualquier momento, sólo requiere esa auto-construcción mediante la lectura, el diálogo y el consenso, con lo que llama “igual libertad”. Las palabras forman parte integrante de la vida democrática, y no sólo de la vida intelectual o individual. Estar en contacto con la poesía, leer con compromiso, supone un “cambio de orientación” en la forma en que concebimos la sociedad y el mundo en general, tanto como aprender un nuevo idioma o habitar una nueva ciu-

dad. Casado utiliza para ilustrarlo el término griego “metanoia”, es decir, arrepentimiento o cambio de opinión, que aquí está motivado por una auto-construcción, por la lectura o por el diálogo, por la puesta en común de ideas o el aprendizaje de otras nuevas, o de otra forma de conceptualizar el mundo, que supone poner en cuestión lo que ya habíamos construido, revisar los cimientos del edificio y comprobar si podríamos haberlos hecho de otro modo; en definitiva: eso significa construir una casa en Walden.

La poesía entendida de este modo es productiva, es la creación de algo nuevo a través del lenguaje, algo que incita a pensar de otra forma, inventar expresiones, experimentar, adoptar una vida nueva, comenzar un nuevo proyecto, o encontrar otra identidad. El poema nos permite imaginar otra vida y disfrutar de ella, reconocernos en un lugar distinto al que hasta el momento habríamos imaginado, intentar algo y fracasar al realizarlo. Esto es lo que va mostrando Casado en el último capítulo de su libro, mediante poemas que han marcado su pensamiento, su vida y su identidad.

Retornando al principio, encontramos que el hilo conector de estos capítulos es la aceptación del fracaso inevitable, ya sea en uno u otro aspecto, y una propuesta para afrontarlo: la sociedad resiliente, capaz de soportar el golpe cuando éste llegue. Para eso, dice Casado, hay que hacer pruebas, hay que ensayar el golpe, hay que prepararse realmente para ello, puesto que si no lo hacemos cualquier fracaso será tan inesperado como destructivo. El fracaso, por tanto, ha de ser aceptado desde un principio como el final de cualquier proyecto particular, pero no como el final de la auto-construcción como proyecto general, y en este sentido encontramos dos afirmaciones últimas: «Todo final parece un fracaso [...] Pero ningún fracaso es final» (p. 147).

En múltiples ocasiones el autor oculta su propuesta más teórica para mostrar una expresión más práctica, centrada en una exposición personal. Juega, adaptando el estilo de escritura thoreauviana, entre la discusión de la teoría y la narración de la práctica, entre la prosa y la poesía, entre el medio y el fin: el mensaje y la construcción. Al igual que al leer a Thoreau, no conviene considerar que este libro tiene un único sentido, o una única lectura: en su composición están entrelazadas múltiples cuestiones que hacen al lector revisar sus pasajes en busca de otra interpretación, no contraria sino complementaria.

En síntesis, Antonio Casado nos ofrece una visión fresca de los problemas contemporáneos a través del contraste con algunas de las principales ideas de Thoreau, quien nos dice en su ensayo “Walking” que el contacto con lo salvaje refresca o renueva nuestra vida. En este contexto, esos escritos de hace casi dos siglos son reflexiones salvajes que nos invitan a vivir de otro modo. Casado sabe reflejarlo en este libro sin perderse en una exposición detallada del norteamericano ni en una reivindicación propagandística de sus valores. De tal modo, no encontramos en estos capítulos ensayísticos un minucioso estudio sobre *Walden*, ni sobre Thoreau, ni sobre la cultura contemporánea, sino una reflexión filosófica de lo que mediante ambos (Thoreau y la cultura contemporánea) podemos construir. Una reflexión filosófica en el buen sentido ya expuesto: pedestre y poética, comprometida con la vida social y con la naturaleza, al mismo tiempo que suscrita al fracaso como articulación de la auto-construcción en una sociedad resiliente. Eso significa construir una casa en Walden.

Diego Clares  
(Universidad de Murcia)